

nos arranca siempre una protesta crispada, de impotencia enloquecida, ¿cómo resignarnos a ver a la infancia desnuda, descalza, con hambre, con sed, manifiestamente retardada en su desarrollo y deprimida en su impulso vital por la carencia de los recursos adecuados y elementales?

La soberbia excursión escolar (1) a Bogotá, cuyos orígenes aplaude conscientemente todo buen ciudadano, y cuyo cumplimiento ha satisfecho a los más exigentes entre quienes no andan distanciados de la realidad, nos ha dejado ver, al lado de magníficos aspectos de la niñez estudiantil de Cundinamarca, otros melancólicos y aun decididamente trágicos. El espíritu de disciplina y entusiasmo ha sido uniforme. Los niños de todas las escuelas llegaron a la ciudad llenos de brío, no obstante, a veces, los largos recorridos a pie, en condiciones muy desfavorables. En el paseo automovilario que se les ofreció el día martes, y que fué algo precioso, algo admirable, que despertaba en los espectadores los más delicados sentimientos de ternura, entusiasmo y patriotismo, los niños, que por primera vez en el desarrollo del programa, no fueron obligados a un esfuerzo excesivo y continuo, iban satisfechos, radiantes, felices, y exhalaban en largos y sonoros clamores la dicha que no cabía en sus cuerpos mecidos muellemente y agitados por el vértigo exquisito de la velocidad. En esta edad—los excursionistas oscilan entre 7 y 11 años—la realización del sueño irisado, fantástico, extrahumano de conocer a Bogotá, suaviza o extingue todas las asperezas, quita la sed y el apetito, expulsa de los miembros la fatiga. Pero, no obstante la moral, es infinitamente doloroso ver a los niños de algunas poblaciones, y no quizá de las que pasan por más pobres, vestidos de harapos, de andrajos que caen en hilos sucios sobre las carnes erizadas por el frío, con míseros sombreros que dejan escapar media cabeza, sin alpargatas siquiera, y con los cabellos largos y todo el cuerpo en peligro de desaseo. Las escuelas de tierra caliente no vinieron todas provistas de ropas adecuadas para nuestra altura, y los párvulos tiraban bajo la helada niebla la noche en que llegaron, expuestos, como es lógico, a contraer un grave mal. En faces de una profunda amarillez, los ojos negros, quebrados y dolientes, brillan con una luz muerta, con una luz casi apagada. La anemia tropical asoma en estas pupilas dilatadas anormalmente, su zarpa destructora. Estos

niños no tienen sangre, están insuficientemente nutridos, o alojan en sus cuerpos miriadas de parásitos que les roban el alimento y la vida. Son cultivos que andan, de bacilos capaces por su fabulosa capacidad reproductiva, de aniquilar una generación. A sus ojos debería asomarse reidora la alegría, y en vez de ella tiembla angustiada y angustiada la enfermedad que ha de suprimir a millares de seres que apenas llegan a la vida.

Muy bellas, muy útiles, muy instructivas y patrióticas las excursiones escolares, y yo he felicitado al funcionario que promovió y realizó la de Cundinamarca, digna celebración del día de la raza. Pero lo primero que vamos a exigir para la próxima, es que ante todo se nos presente una sana, limpia y vigorosa población escolar. Nada se saca con enseñarles aritmética y gramática a unos infelices niños que marchan, atropelladamente hacia la muerte y caerán por racimos en el sepulcro sin haberle retribuido al país lo que gastó en educarlos. El niño mal alimentado, como el enfermo, como el mal protegido de la intemperie, son terreno

estéril para la enseñanza. Ellos, si llegan a aprender algo, lo olvidarán, y si lo recuerdan estarán imposibilitados para encarnar en ideas o en acciones la noción teórica que adquirieron. No llegarán al término medio de la vida, y se irán por consiguiente causando una crónica bancarrota en el presupuesto de las fuerzas productoras y de las energías morales que la nación necesita siempre equilibradas. Es digno de llorar con abundantes y muy amargas lágrimas, el espectáculo de estos pequeños mendigos, de estas criaturas corroidas por una desnutrición alarmante, cuando declaman de memoria, sin un error, las cosas sin sentido que les enseñan en la escuela, en ese plantel sin corazón, sin piedad y sin lógica, que se desvela por atiborrar los débiles cerebros con enunciados abstractos, pero nada hace para fortalecer los cuerpos ni para elevar la dignidad. Los niños de nuestras escuelas, en su mayoría, no resisten, confesémoslo, una ruidosa exhibición.

MAITRE RENARD (1)

(De Patria, Bogotá).

El providencialismo

Al conmemorar ayer (1) en su fecha centenaria el nacimiento de Rafael Núñez, la mentalidad conservadora impermeable a la verdad científica y a la doctrina democrática, se reveló como antaño, encastillada en uno de los errores que postularon el filósofo de *El Cabrero* y sus más caracterizados secuaces: el providencialismo, noción idolátrica que funda las tiranías y que niega los principios ya indiscutibles que dirigen las sociedades.

Según los panegiristas y expositores del conservatismo—quienes, dicho sea de paso—mantienen viva y encendida la fe regeneradora y prohijan todavía, sin beneficio de inventario, los errores, las culpas y los crímenes de aquel régimen ignominioso—fué Núñez, Núñez solamente, por virtud de su misión sobrenatural, quien torció los rumbos de la historia, «restableció el imperio social de Jesucristo», le puso término al afán renovador, justiciero y progresista del partido liberal, y trajo al poder al conservatismo, a este mismo conservatismo, cuyos frutos lo harán conocer de la posteridad, y cuyos prohombres, colocando los códigos bajo la mesa y echando en olvido los preceptos de la moral privada y de la pública, se absuelven mutuamente en las corpo-

raciones legislativas de los cargos que se les formulan por fraude o concusión. No, señores nuestros y colegas, no es para tanto. No hay que hiperbolizar. No hay que desbaratar. La evolución de 1885, o mejor dicho, la evolución que venía desarrollándose desde hacía largos años y culminó en el citado, no pudo ser provocada ni precipitada por un hombre, aunque hoy el ciego sectarismo lo regale con los atributos del genio. Fué Núñez un hombre de su tiempo y de su tierra, y a pesar de sus largas estadas en países extranjeros, conservó esa viveza imaginativa y el ritmo alternado de vehemencia y postración que constituyen la inferioridad del trópico y quizá su encanto. De ahí que pasara sin dificultades de la irreligiosidad militante al misticismo exagerado, y de la fe en los principios de libertad al apostolado práctico de la represión y de la violencia. Sus famosas teorías económicas fueron hijas de la necesidad, de la necesidad política, y no de arraigada convicción científica. No tolera una sana gestión financiera ni permite un patrón monetario inalterable, la orgía fiscal, la dilapidación indefinida, el desgüeño pecaminoso que

(1) Con este nombre, da sus artículos a la prensa liberal de Colombia, el notable escritor Armando Solano.

(1) Compuesta de niños de las escuelas públicas de Cundinamarca; en cantidad de diez mil y pico.

(1) 28 de setiembre de 1925.